

¿Tienen futuro los partidos políticos?

Se esfuerzan para ir a peor: ya no son indispensables

Hay cansancio de políticos. Con contadas excepciones, los ciudadanos les han perdido la confianza: ya no son de fiar. ¿Por qué? Están convencidos que a los políticos y sus partidos no les importa la gente ni sus cosas, que no atienden a sus necesidades y retos reales. Sólo les fascina mantenerse en el poder o conquistarlo. Para ambas cosas están dispuestos a pagar cualquier precio: todo, triste e injustamente espantosa, vale. La manipulación, los insultos groseros entre partidos, la corrupción, el cinismo, la no voluntad de cooperar para las cosas indispensables... van siendo sinónimo de clase política. Y lo peor: fruto de estos últimos tres decenios de exaltación del hiperindividualista/egoísta, hay ciudadanos que envidian su saqueo de lo público. Vamos mal.

Siendo esto gravísimo, no es todo. Los partidos se han convertido – y las instituciones de gobierno nacional o local con ellos – en marionetas articuladas por los mercados y los bancos. Son quienes inspiran sus políticas e imponen o quitan gobiernos. Nos hemos instalado – Tony Judt lo explica en su extraordinario libro *Algo va mal* – en una dictadura económica que corroe la democracia. ¿Algún día los políticos y sus partidos se plantearán -y con los ciudadanos responsables lograrán- un control democrático, público, de las finanzas mundiales depredadoras? Es la tarea urgentísima. Incluso para salvar el planeta.

Desde esta óptica únicamente económica, los políticos cada día más tratan a los ciudadanos como clientes obligados o como simples usuarios pasivos. Mercados, bancos y partidos políticos están tratando al ciudadano como un mero consumidor. Es inaceptable porque no sólo ataca la democracia: la liquida. Con simples consumidores la sociedad se descohesiona. Y quedan únicamente derechos privados o identitarios. Desaparece lo común, lo público, la igualdad...como estructura de acogida de la diversidad para convivir y avanzar juntos.

Debemos, en estos próximos años en gran transformación, repensar y reinventar qué quiere decir y comporta la democracia, la regulación de los mercados y las políticas para el bienestar común. Debemos afianzar democracia implicativa con todos, pasando página de la representativa sorda. Debemos optar por una política de transformaciones que potencie extraordinariamente la

igualdad. Debemos descontaminar. Y debemos facilitar inclusión social sin fronteras.

Algunos nos estamos planteando, ya no tímidamente, la democracia postpartidos porque, especialmente los grandes, son manifiestamente alérgicos a reinventarse. Les va el polifeudalismo transvestido de democracia representativa, que está herida de muerte.

¿Qué pueden hacer los políticos y sus partidos, además de lo apuntado? Algunas ideas: optar por listas abiertas, fijar a lo sumo tres mandatos por candidato en el partido o en las instituciones, cogestionar los servicios y las organizaciones de gobierno asociando/sumando ciudadanos y sus organizaciones plurales, convocar referéndums decisorios para temas claves, cooperar entre partidos para cuestiones nucleares en las ciudades o el país, optar por estructuras de partido más flexibles y descentralizadas, asegurar que cualquier candidato público antes ha estado movilizando y gestionando proyectos sociales como voluntario, expulsar inmediatamente a cualquiera que practique corrupción o amiguismo, dejar de insultarse entre ellos...

Les queda poco tiempo para todo ello. Insisto. Mientras, van apareciendo en las ciudades agrupaciones de electores para las elecciones municipales y los equipos de gobierno público. Funcionan bien en algunos países. Porque conciben la municipalidad como una estructura de acogida y no como un centro de poder. La diferencia es radical. Y los resultados ciudadanos también. Trabajan, estas agrupaciones, desinteresadamente. Con vocación altruista. Y por un tiempo limitado: la profesionalidad no existe en la política activa.

Ya no los soporto. Los conozco porque he trabajado con ellos durante treinta años. Y he contemplado, preocupado, su evolución a peor. No les queda ya mucho camino en este sentido. Unos pasos más y caerán en el abismo del repudio ciudadano. Es momento, pues, de variar radicalmente la ruta.

